

# LA "LINEA BLANDA" EN EGIPTO

TRES días antes de recibir en El Cairo al secretario de Estado de los Estados Unidos, William Rogers, el Presidente egipcio Anwar Sadat despidió al vicepresidente Ali Sabri, que pasaba por ser el elemento decididamente antiamericano del gabinete, y una decena de ministros más, comenzó una serie de «purgas» —indecisas, inseguras: aún este lunes ha destituido al ministro de Transportes que había nombrado una semana antes, y a algún jefe militar—, organizó unas manifestaciones de las llamadas espontáneas en su propia adhesión, y a esos manifestantes les anunció el regreso a la democracia. La democracia, en este caso, parece ser una constitución que Sadat redacta por sí mismo —dice él—, y que dispondrá unas elecciones que Sadat garantizará por sí mismo, dice también él. Es decir, Sadat es ahora la democracia. Se habla rápidamente de posnasserismo, de liquidación del antiguo régimen. Se habla con entusiasmo, en los medios informativos occidentales primarios, de escisión del mundo árabe y la URSS. Sabri parecía, en efecto, el más decidido de los prosoviéticos de Egipto. Sin embargo, parece que los soviéticos habían dejado ya hace tiempo de ser proabristas, que se habían inclinado hacia otros políticos —como el ministro de la presidencia, Sami Sharafe— y que el viejo Sabri —viejo no por su edad, unos cincuenta años, sino por el desgaste en la aguda lucha política que lleva con altibajos desde que ayudó a derribar a Faruk y luego a Naguib, en 1952— estaba molestando decididamente con su propensión a la dureza y a la línea revolucionaria.

ESTE posnasserismo había comenzado en vida de Nasser, y era él quien lo patrocinaba. La Federación con Siria y Libia no solamente se había preparado por Nasser, sino que formaba parte de su gran sueño panárabe, de su «República Árabe Unida», tantas veces intentada, y siempre rota desde dentro y desde fuera. Fue Nasser el primer estadista de Oriente Medio que respondió afirmativamente al «Plan Rogers», en julio de 1970, y la actual modernización, o política negociadora, procede directamente de Nasser.

PERO procede, igualmente, de la Unión Soviética. Visiblemente desde aquella fecha de julio de 1970, la URSS favorece las tendencias a la modernización que se van dibujando en el panorama del Mediterráneo árabe, considerando por tales la contención de los guerrilleros palestinos y la creación de un ambiente negociador con Israel, de la misma manera que los Estados Unidos tienden a reforzar la modernización de Israel. Parece que hasta el momento la URSS ha tenido más éxito con sus patrocinados que los Estados Unidos con su pupilo, y el mismo viaje de Rogers por toda la zona muestra que ha sido recibido mejor en los países árabes que en Israel, que es donde realmente se teme que los acuerdos superiores entre la URSS y los Estados Unidos les obliguen a la devolución de algunos de los territorios conquistados en 1967. Con todo esto parece verse que la llamada crisis de El Cairo es en realidad una continuación de la operación nasserista y soviética iniciada hace un par de años, que tiende a la negociación final del conflicto con Israel y al sostenimiento del oriente árabe sobre



La democracia, en este caso, parece ser una constitución que Sadat redacta por sí mismo —dice él—, y que dispondrá unas elecciones que Sadat garantizará por sí mismo, dice también él.

nuevas bases. La línea «dura» de Sabri estaba demás. Su oposición a la federación con Siria y Libia se debía, sobre todo, más que a una cuestión de doctrina política a la cláusula por la que los tres países se comprometen a ayudarse para combatir cualquier «subversión interior». Sabri se veía ya condenado a la oposición, y quien dice oposición en ciertas democracias dice subversión...

PARECE que los llamativos, espectaculares acontecimientos de El Cairo, con todo su cortejo periodístico de sensacionalismos, no representan más que la continuación de la línea establecida en 1970, cuando los gobernantes árabes llegaron a la convicción de que no podría haber una solución militar frente a Israel, cuando los Estados Unidos advirtieron que cuanto más amenazador fuese Israel más grande sería la influencia soviética en el mundo árabe, cuando la Unión Soviética expresó claramente que no prestaría ayuda a las operaciones militares guerrilleras contra Israel. A partir de ese momento comenzó el exterminio de guerrilleros en Jordania —donde Hussein recibe ayuda di-



Sin embargo, para que la opinión pública árabe acepte simplemente esta prolongación de la ausencia de guerra como un hecho positivo, es preciso que obtenga alguna forma de concesión, y no solamente retórica. (En la foto, el general Mohamed Sadek, nuevo ministro de la Guerra de la RAU.)

# e. haro tecglen

recta de los Estados Unidos— y los hábiles cambios políticos en todo el mundo árabe. La muerte de Nasser, en septiembre de 1970, fue un momento en el que se temió que los «duros» —Sabri— pudiesen tomar el poder y alterar la situación. Poco a poco se les ha ido minando el terreno bajo los pies, hasta que, al final, han caído. Esto no quiere decir que no vayan a reaparecer en algún momento en que las circunstancias les pudieran hacer útiles.

¿ES un camino hacia la paz? Seguramente, no. Lo que se podría entender teóricamente por paz, en forma de un tratado entre Israel y sus vecinos árabes, en forma de acuerdo satisfactorio sobre cuestiones fronterizas y normas de coexistencia no parece próximo, y quizá no llegue a ser conocido por estas generaciones. Ni Israel se retirará de la península de Sinaí, de Charm el Cheik, ni la RAU aceptará la pérdida pura y simple de esos territorios. Los Estados Unidos no tienen fuerza suficiente para presionar sobre Israel en ese sentido, en el de que devuelvan lo conquistado, según ha ordenado la ONU, entre otras razones porque la penetración judía en el «establishment» americano —se ha dicho, con media ironía, que Estados Unidos es un satélite de Israel— es demasiado fuerte. Pero si se entiende por paz la ausencia de guerra, la prolongación de una situación, la cuestión es diferente. Puede ser que algunos elementos considerados como integrantes de la paz —como la apertura del canal de Suez, que conviene a casi todos los actores de esta tragedia— se vayan produciendo.

SIN embargo, para que la opinión pública árabe acepte simplemente esta prolongación de la ausencia de guerra como un hecho positivo, es preciso que obtenga alguna forma de concesión, y no solamente retórica. Más o menos parece que este ha sido el mensaje de Rogers a los israelíes, y la respuesta a sus reticencias en permitir que Egipto



«Hay, ciertamente, un riesgo en la paz —les ha dicho Rogers—, pero también hay un riesgo en no aprovecharla cuando se presenta». (El secretario de Estado, William Rogers, informa acerca de su viaje al Presidente Nixon.)

ocupe las dos orillas del canal para que éste se abra de nuevo a la navegación: «Hay, ciertamente, un riesgo en la paz —les ha dicho Rogers—, pero también hay un riesgo en no aprovecharla cuando se presenta»...

BAJO todo este largo y lento juego diplomático, que de cuando en cuando se revela por signos externos —disparos entre guerrilleros y jordanos, algún golpe de Estado, algún viaje diplomático, alguna crisis ministerial—, y que consiste en la delicada relación global URSS-Estados Unidos y en el conservadurismo de los Gobiernos implicados, subyace la verdadera situación, más o menos enmascarada: la de las masas árabes y sus relaciones con los grupos de poder y de riqueza. Parece continuamente como si hubiese una revolución pendiente que no se resuelve en los infinitos movimientos parciales, en las demagogias, en las promesas de democracia y constitución, en la sustitución de los problemas reales de hambre, miseria y analfabetismo por los problemas superpuestos del antisionismo, el nacionalismo, el panarabismo, como antes lo fue el anticolonialismo, el antimperialismo.

## Entre el partido comunista y los izquierdistas: una historia macabra

París.—La profanación de las tumbas de las dos personalidades más prestigiosas del comunismo francés —Marcel Cachin y Maurice Thorez— ha roto los lazos elásticos y frágiles que unían (o desunían) desde mayo del 68 al partido comunista con los diversos movimientos izquierdistas-maoístas, anarquistas, trotskystas, espontaneístas, etcétera.

Hasta ahora, y desde hace dos años, el partido comunista seguía una labor obstinada y paciente para recuperar a los jóvenes que lo habían abandonado o criticado durante y después de la explosión de mayo; con buenos resultados al parecer, pues según las estadísticas del partido comunista, muchos jóvenes, desilusionados por la falta de organización de los grupúsculos habían vuelto sus ojos hacia el partido comunista. De hecho, la irrupción incesante de jóvenes —cada vez más jóvenes— en la política y en la agitación, la estrategia del partido comunista de apertura hacia los socialistas y los liberales y la existencia de dos grupos estructurados que quieren situarse deliberadamente a la izquierda del partido comunista para canalizar a la masa desorganizada (el PSU de Michel Rocard y la Liga Comunista de Alain Krivine, —trotskysta—) impidieron la realización de esta tarea de recuperación. El primero de mayo sirvió para tantearse y contar las fuerzas; por primera vez en Francia se organizaron dos manifestaciones distintas para conmemorar la fiesta del trabajo; una, por la mañana, convocada por los izquierdistas, y la otra, por la tarde, por el partido comunista y la CGT. Según las agencias de prensa, 20.000 personas (en su mayoría jóvenes formaron la primera, y unas 100.000 la segunda. La diferencia es grande, pero los «gauchistas» fueron lo bastante numerosos, organizados y decididos como para inquietar al partido comunista.

Horas antes de la primera manifestación se descubrió en el cementerio del Pere Lachaise (el más bello de París; allí descansa Chopin y los fusilados de la Comuna) que en las tumbas de Maurice Thorez y Marcel Cachin alguien había escrito frases o insultos como «Traidor» con pintura roja. Georges Marchais, secretario general del partido comunista, declaró al final de la tarde: «Después del desfile presidido por Rocard, Krivine y otros, y un grupo de "gauchistes" penetró en el cementerio del Pere Lachaise... (...) para cometer odiosas profanaciones en las tumbas de dirigentes obreros revolucionarios (...) sirven directamente a la gran burguesía. Ya en mayo del 68 sirvieron de argumento contra el potente movimiento democrático. Hoy, las actividades de los grupos izquierdistas —más o menos manipulados por los servicios de la Policía— corresponden a los deseos del poder, que, inquieto por el aumento del descontento, de las luchas sociales y el progreso de la unión, quiere reforzar su política autoritaria y doblegar al país».

Tanto el PSU como la Liga Comunista condenaron el acto del Pere Lachaise. Michel Rocard lamenta «la utilización de este incidente por la dirección del PCF, de acuerdo con la prensa burguesa»; Alain Krivine declara que «el ruido hecho

por la dirección del partido comunista de este acto, realizado por imbéciles o por provocadores exteriores a la manifestación, intenta hacer olvidar el éxito de la demostración organizada aquella mañana. (...) La indignación de Georges Marchais obedece a la inquietud tanto como a la emoción. No engañará a los trabajadores».

El martes, a la caída de la tarde, el partido comunista organiza una manifestación silenciosa en el cementerio «contra la profanación de las tumbas de dos grandes militantes obreros y contra los provocadores izquierdistas». Una muchedumbre impresionante acude a la cita, y «L'Humanité» advierte que esta respuesta «organizada en un solo día» debe dar que pensar a los izquierdistas.

Georges Marchais continúa su ataque por las antenas del ORTF, y declara a France Inter que las violencias de los «gauchistas», «lejos de favorecer la unión de los trabajadores, y de todas las capas sociales descontentas separan del comunismo a las fuerzas que debemos atraer». Condena después la violencia estudiantil: «No se nos concederá nunca de que se favorece esta unión (de la izquierda) queriendo destruir el material de las empresas, en la Universidad, rompiendo las vitrinas, etcétera». Georges Marchais termina con una declaración solemne: «Nosotros queremos el orden. Efectivamente, queremos el orden».

Esta posición del partido comunista, que corresponde al deseo de la gran mayoría de los franceses, no deja de inquietar al Gobierno, que atraviesa desde hace meses una crisis de «aburrimiento». Ningún grupo o partido político había organizado hasta ahora una manifestación de masa contra los izquierdistas, contra los autores de violencias. Ni siquiera —observa un colega— los conservadores para protestar contra la profanación del monumento de la Escuela Normal Superior, que recuerda la memoria de Charles Peguy y Brossollette.

El temor de la burguesía es el siguiente: ¿Y si los franceses empezaran a pensar que el partido comunista es el único baluarte contra el desorden y la incoherencia?

RAMON LUIS CHAO.

## Hace treinta y dos años...

Cerca de medio millón de españoles cruzamos la frontera francesa en aquel invierno de 1938-39, de aquellos 500.000 es muy posible que sólo quedemos una tercera parte, los años transcurridos y los acontecimientos intercalados han dado buena cuenta de los más y los que quedamos mantenemos nuestro recuerdo de aquellos que fueron nuestros compañeros de infortunio, de cautividad, de deportación, de muertes anónimas.

Posiblemente también podría empezar dedicando a mi padre un recuerdo con estas palabras de Christian Bernadac: «Il a connu l'enfer de la déportation et ne m'a jamais appris la haine». Si, mi padre es ya de los desaparecidos y sólo perdura su memoria sin odio, sin rencor. Tres palabras, sólo tres palabras formarían su mejor epitafio, unas palabras que por primera vez sonaron en mis oídos juveniles en el año 1938: «Paz, piedad y perdón».

Pasaron los años, vino la guerra mundial y con ella nuevos métodos de destrucción y aniquilamiento: los campos de trabajo, de deportación, de exterminio, lo que representa millones de seres que sufrieron y desaparecieron porque estor-